

Editorial

El Bicentenario. Dos concepciones de la historia

La conmemoración de los 200 años de los hechos históricos acaecidos el 5 de noviembre de 1811 dejó en claro que no hay una única interpretación de los mismos. La historia oficial de la república cafetalera ha venido repitiendo que en la fecha en cuestión tuvo lugar el “primer grito de la independencia centroamericana” y que fue el hecho que trazó la ruta que culminó con la declaración de independencia del 15 de septiembre de 1821. Sobre esta última apreciación, que crea un vínculo de causalidad entre ambos hechos históricos, discute Gerardo Monterrosa en uno de los artículos publicados en este número. No es el único. El 27 de julio de este año, el periódico digital *El Faro* publicó una carta firmada por los historiadores Carlos Gregorio López, Sajid Herrera, Rafael Guido Béjar y Héctor Lindo Fuentes (<http://www.elfaro.net/es/201107/opinion/5010/>), en la cual cuestionan la lectura heredada desde 1911: “Es mejor guía para el futuro reflexionar sobre un pasado complejo, diverso, que inventar o repetir simplificaciones. No podemos ignorar el papel histórico de una gran variedad de actores cuya participación está ampliamente documentada. Es anacrónico atribuir los mismos motivos, las mismas metas, a cada uno de los grupos de individuos que buscaban articular sus intereses

y aspiraciones en una situación confusa que no se sabía en qué iba a terminar. Bien podríamos comenzar las conmemoraciones con publicaciones de trabajos rigurosos sobre la historia de El Salvador, poniendo al día programas y textos de enseñanza de la historia en las escuelas y otorgando a la reflexión histórica sería un lugar prominente en el debate nacional.”

Esta es una de las posibles lecturas críticas del llamado “primer grito de independencia”, que reivindica la necesidad de releer los hechos históricos desde una perspectiva más compleja que la diseminada en ciertos medios de comunicación, perspectiva desde la cual caben en el saco del Bicentenario tanto la leyenda áurea del padre Delgado tocando las campanas de la iglesia La Merced (anécdota cuya autenticidad ha puesto en duda la historiografía seria) como las leyendas de la Carreta Bruja y la Siguanaba.

Estas simplificaciones, que llegan al nivel de lo tosco, ocultan una concepción de fondo de la historia que no vamos a entrar a comentar en detalle, pero que en líneas generales presenta la historia como una suma de fechas y personajes memorables pero sin mayor relación con el presente (salvo la relación de una supuesta causalidad necesaria entre hechos pretéritos y presentes, que ve la historia como una acumulación ascendente de progresos, en una versión de Hegel demasiado elemental). La implicación más grave de este punto de vista es que la historia sería un objeto venerable y aséptico, que no debe contaminarse políticamente, menos con la política del día presente.

Lo que enmascara esta concepción de la historia es la intrínseca politicidad de la historia. Escribir la historia (en el sentido literal del término), interpretarla, hablar de ella, es una acción política. La peor de las acciones políticas es la que no osa decir su nombre y que se rasga las vestiduras cuando ve la mancha de la “politización” en el ojo ajeno.

La reivindicación de la necesidad de elaborar y debatir lecturas críticas de los hechos de 1811 (que no se dieron únicamente en la provincia de San Salvador) expresa también una demanda política en el sentido fundamental de esta palabra. La política expresa, entre otras cosas, las relaciones de poder en el ámbito de lo público (que no se reduce solo al Estado ni a los partidos políticos). Una lectura simplista, idílica, de 1811 es una acción política que reivindica la primacía de un discurso que legitima los intereses dominantes del pasado y del presente.

Una lectura crítica, por su parte, es también una acción política. En el caso de la misiva de los historiadores a *El Faro*, no solo hay una demanda

académica en sentido estricto. El hecho, por ejemplo, de plantear que, para una mejor comprensión de los acontecimientos, es necesario incluir a actores históricos que han sido marginados de las narrativas tradicionales acerca de 1811. Esto tiene repercusiones en el presente. Porque detrás de una exigencia académica en favor de una visión más compleja de los hechos, también nos encontramos con la exigencia política del reconocimiento de estos sectores subalternos, no solo dentro de la narrativa histórica, sino dentro de la esfera pública.

Es muy difícil que lo hecho durante el presente año, tanto de parte de la academia crítica como de parte también de los sectores oficiales que comparten y fomentan esta visión, pueda contrarrestar la interpretación interesadamente simplista de la historia salvadoreña, pues esta se encuentra muy arraigada en nuestra sociedad. Será una labor ardua y que de alguna manera demanda tanto el concurso de la academia, pero también, y sobre todo, de esos sectores que se han visto marginados, no solamente de la historia oficial, sino de los ámbitos donde se toman decisiones políticas, económicas y sociales.

En el presente número se recogen tres de las ponencias presentadas en las jornadas de discusión denominadas "Revueltas e Insurgencia en Centroamérica: 1811-1814. Un balance de 200 años", organizada por la Secretaría de Cultura de la Presidencia y el Departamento de Filosofía de la UCA, en la sede de la Dirección Nacional de Investigaciones, en junio de este año. Las ponencias de Gerardo Monterrosa, Aaron Pollack y Guillermo Cuéllar son muestras de los más recientes trabajos de valoración crítica de la historia salvadoreña.